

Los Fundamentos De La Religión

Dios es Uno. El resplandor de Dios es uno; y la humanidad constituye el servidor de aquel Dios. Él es bondadoso con todos. Él es el Creador y Proveedor de todos; y cada uno está bajo Su cuidado y protección. El Sol de la Verdad, la Palabra de Dios, brilla sobre todos los humanos; la Nube Divina derrama Su preciosa lluvia; los gentiles céfiros de Su Misericordia soplan y toda la humanidad se sumerge en el océano de Su Justicia eternal y Bondad amorosa.

Pero hemos actuado en contra de la Voluntad y Deseos de Dios. Hemos sido la causa de enemistad y desunión. Nos hemos separado los unos de los otros y nos hemos levantado en oposición y lucha. ¡Cuán numerosas han sido las guerras entre pueblos y naciones! ¡Cuánta matanza! Son incontables las ciudades y hogares que se han destruido. Todo esto ha sido contrario a los buenos deseos de Dios, Quien sólo ha deseado amor para la humanidad. Él es clemente y misericordioso para con todas Sus criaturas. Él ha ordenado amistad y camaradería entre los hombres.

Lo más deplorable de todo es el estado de diferencia y divergencia que en nombre de la religión hemos creado entre todos, imaginando que nuestro más grande deber en nuestras creencias religiosas era el de la desunión y extrañamiento; que debíamos apartarnos de los otros y considerar a los demás contaminados con el error y la infidelidad. En realidad, el fundamento de las Divinas Religiones es uno y el mismo. Las diferencias que se han levantado entre nosotros son debidas a ciegas imitaciones y creencias dogmáticas y apeamiento a formas anticuadas de culto. Su Santidad Abraham fue el Fundador de la Verdad; Su Santidad Moisés, Su Santidad Jesucristo, Su Santidad Muhammad fueron las Manifestaciones de la Realidad. Su Santidad Bahá'u'lláh fue la Gloria de la Realidad. Ésta, no es una simple aserción; lo vamos a probar.

Permitidme toda vuestra atención al considerar este tema. Las Religiones Divinas abarcan dos clases de leyes. Primero, aquéllas que constituyen las Enseñanzas esenciales o espirituales de la Palabra de Dios. Éstas son: fe en Dios, la adquisición de virtudes que caracterizan una perfecta naturaleza humana, moralidad digna de alabanza, la adquisición de los dones y bondades que emanan de los Divinos Resplandores; en resumen, las leyes que conciernen el reino de la moral y de la ética. Ese es el aspecto fundamental de la Religión de Dios y el de mayor importancia porque el conocimiento de Dios es el principal requisito del hombre. Éste debe comprender la singularidad de la Divinidad. Él

debe conocer y aceptar los preceptos de Dios y comprender con certeza que el desarrollo ético de la humanidad depende de la Religión. Debe desembarazarse de todo defecto y buscar el alcance de virtudes celestiales, con el objeto de que pueda probar que él es la imagen y semejanza de Dios. Está escrito en la sagrada Biblia que Dios dijo: “He creado al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Es evidente que la imagen y semejanza que menciona, no se aplica a la forma y apariencia de un ser humano porque la Realidad de la Divinidad no está limitada a forma o figura. No, más bien se refiere a los Atributos y Características de Dios; así, como se declara que Dios es justo, asimismo debe serlo el hombre. Como Dios es amoroso y bueno con todos los humanos, asimismo el hombre debe manifestar amorosa bondad a toda la humanidad; así como Dios es leal y lleno de Verdad, el hombre debe mostrar los mismos atributos en el mundo humano. Al igual que Dios ejercita misericordia hacia todos, el hombre debe probar que es la manifestación de la misericordia. En una palabra “imagen y semejanza de Dios” constituyen las Virtudes de Dios y el hombre está llamado a ser el recipiente de los Resplandores de los Divinos Atributos. Éstos son los Fundamentos esenciales de todas las Religiones Divinas, la Realidad Misma común a todos. Su Santidad Abraham la promulgó; Su Santidad Moisés la proclamó; Su Santidad Jesucristo y todos los Profetas sostuvieron este modelo y espíritu de la Religión Divina.

Segundo: Leyes y ordenanzas que son temporales y no esenciales. Éstas comprenden las relaciones y transacciones humanas. Son accidentales y están sujetas a cambios, de acuerdo a las exigencias de lugar y tiempo. Estas leyes no son ni permanentes ni fundamentales. Por ejemplo, durante el tiempo de Noé, los alimentos marinos eran considerados dentro de la ley; es así que Dios ordenó a Noé compartir del alimento proporcionado por la vida animal de los mares. Durante el tiempo de Moisés, esto no estaba de acuerdo con las exigencias de las necesidades del pueblo de Israel; es así que una segunda disposición se dictó que abolía parcialmente el consumo de alimento marino. Durante el tiempo de Abraham – la paz sea con Él – la leche del camello hembra fue considerada dentro de la ley y aceptable como alimento; igualmente lo fue su carne; pero durante el tiempo de Jacob, debido a una promesa hecha por él, el consumo de la carne de camello fue considerado ilegal. Éstas son leyes temporales y no esenciales.

En la Sagrada Biblia hay ciertos mandamientos que de acuerdo a esos pasados tiempos constituían el espíritu de la época, la luz misma de ese período. Por ejemplo, en concordancia con las leyes del Torah, si un hombre cometía un robo de cierta importancia le cortaban la mano como castigo. ¿Sería practicable y razonable en nuestros días cortar una mano por el robo de un dólar? En el

Torah existían diez ordenanzas que se refieren al asesinato. ¿Podrían hacerse efectivas hoy? Sin lugar a duda no lo serían, pues los tiempos han cambiado. De acuerdo al texto explícito de la Biblia, si un hombre cambiara o burlara la ley del Sabbat o si se tocara fuego en ese día, su castigo era la pena de muerte. Hoy tal ley está anulada. El Torah declara que si un hijo profiriera una palabra irrespetuosa contra sus padres, él debería sufrir la pena de muerte. ¿Sería posible cumplir esta ley hoy? No, las condiciones humanas han sufrido cambios. Asimismo durante el tiempo de Jesucristo ciertas ordenanzas menores que se amoldaban a esa época, fueron promulgadas.

Se ha mostrado concluyentemente, que el Fundamento de la Religión de Dios queda permanente e incambiable. Es aquel cimiento fijo, que asegura el progreso y estabilidad del cuerpo político y la iluminación de la humanidad. Siempre ha sido la causa del amor y justicia entre los hombres. Funciona por el verdadero compañerismo y unificación de todos los humanos, porque nunca cambia y no está sujeto a sobreseimiento. Las leyes accidentales o no esenciales que regulan las transacciones del cuerpo social y los incidentes diarios de la vida, son cambiables y están sujetos a ser anulados.

Dejadme preguntaros: ¿Cuál es el propósito de los Profetas? ¿Por qué Los ha enviado Dios? Es evidente que los Profetas son los Educadores de los hombres y los Maestros de la raza humana. Ellos vienen a dar una Educación Divina a la humanidad, a entrenarla, a levantar la raza humana de los abismos de la desesperación y desolación, a capacitar a los hombres para que alcancen el apogeo del conocimiento y de la gloria. Los pueblos están en la oscuridad, los Profetas los traen al Reino de la Luz. Los pueblos están en un estado de suma imperfección, los Profetas los saturan de perfecciones. El propósito de Su misión profética no es otra que la educación y guía de los pueblos. Es así, que debemos considerar e investigar sobre el Hombre que está así calificado; es decir, un Alma que prueba ser la educadora de la humanidad y Maestra de la raza humana, es indudablemente el Profeta de la Su época.

Por ejemplo, revisaremos los eventos que se relacionan con la historia de Su Santidad Moisés - ¡la paz sea con Él! Su Santidad vivió en Midian en los tiempos cuando los hijos de Israel estuvieron en cautividad y esclavitud en las tierras de Egipto, sujetos a toda clase de tiranía y severa opresión. Eran analfabetos e ignorantes, sufrieron crueles pruebas y experiencias. Estuvieron en tal estado de desamparo e impotencia que era proverbial el decir: “Que un egipcio podía vencer a diez israelitas”. En ese tiempo y bajo tales prohibitivas circunstancias, Su Santidad Moisés apareció y brilló con un Resplandor Celestial. Él salvó Israel de la esclavitud del Faraón y los libertó de su cautiverio. Él los sacó de la tierra de Egipto y los condujo a la Tierra Santa. Estuvieron dispersos y desechos;

Él los unificó y disciplinó; les confirió las bendiciones de la sabiduría y el conocimiento. Fueron esclavos y Él los hizo príncipes. Eran ignorantes; Él los educó. Eran imperfectos; Él los habilitó para alcanzar la perfección. En una palabra Él los sacó de su estado de desesperanza y los llevó a la opulencia, en el plano del valor y de la confianza. Se hicieron famosos en el viejo mundo hasta que finalmente en el cenit y esplendor de una nueva civilización, la gloria de la sabiduría de Salomón fue alcanzada. Por intermedio de la Enseñanza de Su Santidad Moisés estos esclavos y cautivos se tornaron en un pueblo de dominio entre las naciones. No solamente su superioridad física y militar se hizo famosa, sino que también lo fueron en las artes, letras y refinamiento. Su fama se extendió. Aun los célebres filósofos de Grecia viajaron a Jerusalén con el objeto de estudiar con los sabios israelitas y fueron muchísimas las lecciones de filosofía y sabiduría que recibieron. Entre estos filósofos se encontraba el famoso Sócrates. Él visitó la Tierra Santa y estudió con los profetas de Israel, adquiriendo principios de su filosofía y enseñanzas y un conocimiento de sus adelantadas artes y ciencias. Después de su regreso a Grecia él fundó el sistema conocido como la unidad de Dios. El pueblo griego se levantó contra él y, finalmente, fue envenenado en presencia del Rey. Hipócrates y muchos otros filósofos griegos se sentaban a los pies de los sabios doctos israelitas y se instruían de sus interpretaciones de sabiduría y de infinita verdad.

Así como Su Santidad Moisés, a través de la influencia de Su gran Misión, fue el instrumento en la liberación de los israelitas de un bajo estado de degradación y humillación, colocándoles en una situación de prestigio y glorificación, disciplinándoles y educándolos; es necesario para nosotros alcanzar un juicio claro y real relacionado a aquel maravilloso Maestro, porque en esa grande Obra estuvo solo. ¿Podía Él haber causado tanto cambio y establecido tal condición entre esos pueblos sin la ratificación y ayuda de los Poderes Celestiales? ¿Podía haber transformado un pueblo de la humillación a la gloria, sin el Soporte Santo y Divino?

No otro sino un Poder Divino podía haberlo hecho. Allí descansa la evidencia del Profeta; porque Su Misión es la educación de la raza humana, como este Personaje lo consiguió probando con ello haber sido un poderoso Profeta entre los Profetas y Su Libro, el Libro de Dios. Ésta es una prueba racional directa y perfecta.

Brevemente, Su Santidad Moisés, ¡la paz sea con Él!, fundó la Ley de Dios, purificó la moral del pueblo de Israel y lo impulsó hacia más altas y nobles aspiraciones. Poco después de la partida de Su Santidad Moisés, siguió la declinación de la gloriosa era de Salomón y durante el reinado de Jeroboam vino un gran cambio a esta nación. Las elevadas normas éticas y las perfecciones

espirituales cesaron. Las condiciones de vida y la moral se corrompieron, la religión se degradó y los perfectos principios de las leyes de Moisés se obscurecieron en la superstición y el politeísmo. La guerra y las luchas se levantaron entre las tribus y su unidad fue destruida. Los discípulos de Jeroboam se declararon con derechos válidos a la sucesión del reino y los adictos de Rehoboam hicieron similar declaración. Finalmente, las tribus fueron destruidas por la hostilidad y el odio; la gloria de Israel fue eclipsada y tan completa fue la degradación que en la ciudad de Tiro se erigió un becerro de oro, como un objeto de culto y adoración. Es así que Dios envió a Elías, el profeta que redimió el pueblo, renovó las Leyes de Dios y estableció una nueva era de vida para los israelitas. La historia nos muestra aún cambios y transformaciones posteriores, cuando a esta unión y solidaridad siguió otra dispersión de las tribus. El rey de Babilonia, Nabucodonosor invadió la Tierra Santa y se llevó cautivos a Caldea cerca de sesenta mil israelitas, donde grandes reveses, pruebas y sufrimientos afligieron a esta gente infortunada. Entonces los profetas de Dios otra vez reformaron y restablecieron la Ley de Dios y el pueblo, otra vez humillado, la siguió. Esto dio como resultado su liberación y bajo los edictos de Ciro, rey de Persia, se permitió su regreso a la Ciudad Santa. Jerusalén, y el templo de Salomón fue reconstruido y se llegó a restaurar la gloria de Israel. Esto duró muy poco tiempo; la moral del pueblo declinó y las condiciones de vida llegaron a tal grado de degradación que el general romano Tito, tomó Jerusalén y la arrasó hasta sus cimientos. El saqueo y la conquista completaron la desolación; Palestina se tornó en un campo devastado y desierto, y los judíos huyeron de la Tierra Santa de sus antecesoras. La causa de esta desintegración y dispersión fue el abandono por Israel de los fundamentos de la Ley de Dios, revelada por Moisés, es decir, el abandono de la adquisición de virtudes divinas, moralidad, amor, el desarrollo de las artes y las ciencias y del espíritu de la unidad humana.

Deseo que vosotros (la Congregación del Templo Emmanuel, de San Francisco), examinéis ciertos hechos y declaraciones que son dignas de consideración. Mi objeto e intención es borrar del corazón de los hombres la enemistad religiosa y odio que los han encadenado y conseguir que todas las Religiones entren en un camino de acuerdo y unidad. Como este odio y enemistad, este fanatismo e intolerancia son consecuencias del mal entendimiento, la Realidad de la Unidad Religiosa aparecerá cuando ellos sean disipados. Porque el fundamento de las Religiones Divinas es solo uno. Es la unidad de Revelación o Enseñanza; pero, ¡ay!, nos hemos alejado de ese Fundamento asiéndonos tenazmente a variadas formas dogmáticas e imitaciones ciegas de creencias anticuadas. Ésta es la verdadera causa de enemistad, odio y

matanza en el mundo; la razón de desunión y extrañamiento entre los humanos. Por lo que deseo que seáis justos y benévolos en vuestro juicio sobre las siguientes declaraciones.

En la época en la cual el pueblo de Israel fue sacudido y afligido por los hechos anotados anteriormente, Su Santidad Jesucristo apareció entre ellos. Jesús de Nazaret era judío, sencillo y sin ayuda, solo y único. No tenía quien Lo asistiera. Los judíos Lo juzgaron como a un enemigo de Moisés; declararon que Él era el destructor de Sus leyes y ordenanzas. Examinaremos los hechos como son, investigaremos la Verdad y Realidad con objeto de llegar a una opinión y conclusión sincera. Para una completa y clara opinión sobre esta materia debemos desechar todo lo que sabemos e investigar independientemente. Jesucristo declaró que tanto Su Santidad Moisés, como asimismo los otros profetas de Israel eran enviados por Dios. Él proclamó el Torah como el Libro de Dios y llamó a todos a cumplir Sus preceptos y seguir Sus enseñanzas. Es un hecho histórico que durante el período de mil quinientos años los reyes de Israel fueron incapaces de promulgar y diseminar la religión del judaísmo. En realidad durante aquel período el nombre y la historia de Moisés se confinaron en las fronteras de Palestina y el Torah, era un Libro conocido solamente en aquel país. Pero por intermedio de Su Santidad Jesucristo, a través de las bendiciones de Su Nuevo Testamento, el Viejo Testamento, el Torah fue traducido en seiscientas lenguas diferentes y extendido sobre el mundo. Fue a través del cristianismo como el Torah llegó a Persia. Antes de aquel tiempo no tenían en aquel país ningún conocimiento de ese Libro; pero Su Santidad Jesucristo promovió su divulgación y aceptación. Por Su intermedio el nombre de Moisés fue elevado y reverenciado. Él fue el instrumento por medio del cual se hicieron públicos los nombres y grandezas de los profetas de Israel y Él probó al mundo que los israelitas constituían el pueblo de Dios. ¿Cuál de los reyes de Israel podía haber realizado esta obra? Si no hubiera sido por Jesucristo, ¿habría la Biblia, el Torah, llegado a esta tierra de América? El nombre de Moisés, ¿se habría divulgado por todo el mundo? Volvamos a la historia. Cada uno sabe que cuando el cristianismo se extendió, lo hacían igualmente el judaísmo y el Torah. No existía en toda Persia un solo volumen del Antiguo Testamento, hasta que la Religión de Jesucristo provocó su aparición por todas partes, en tal forma que hoy, en aquel país, la Santa Biblia es un Libro indispensable en cada familia. Es evidente, por lo tanto, que Jesucristo fue un sincero amigo de Moisés; de otra manera no hubiera conmemorado Su nombre y Su estado de Profeta. Esto es evidente por sí mismo. Es así que cristianos y judíos deberían mostrarse mutuamente un gran amor, porque los Fundadores de estas dos grande

Religiones han estado en perfecta armonía en Sus Libros y Enseñanzas. Asimismo, deberían serlo sus adherentes y discípulos.

Ya hemos expuesto las valiosas pruebas del estado de los Profetas. Encontramos que las evidencias de validez de Su Santidad Moisés fueron testificadas y repetidas en Su Santidad Jesucristo. Su Santidad Jesucristo fue también solo y único, nacido en el linaje de la casa de Israel. Con el poder de Su Palabra fue capaz de unir los pueblos de las naciones, romanos, griegos, caldeos, egipcios y asirios. Sin embargo de que estos pueblos habían sido crueles, sanguinarios, hostiles, dedicados al pillaje y al fomento del cautiverio, Jesucristo consiguió ligarlos en un perfecto lazo de unidad y amor. Él consiguió su entendimiento y reconciliación. De poderosos efectos fueron los resultados de la manifestación de una sola Alma. Esto prueba concluyentemente que Su Santidad Jesucristo estaba asistido por Dios. Hoy todos los cristianos admiten y creen que Su Santidad Moisés fue un Profeta de Dios. Declaran que Su Libro fue el Libro de Dios; que los profetas de Israel eran verdaderos y válidos y que el pueblo de Israel constituía el pueblo de Dios. ¿Qué mal puede haber venido de esto? ¿Qué mal podría venir si declararan los judíos que Jesús era también una manifestación de la Palabra de Dios? ¿Han experimentado alguna pérdida en su entusiasmo religioso o experimentado alguna derrota en sus creencias al declarar que Su Santidad Moisés era un Profeta de Dios, que el Torah era un Libro de Dios? Es evidente que ninguna pérdida viene de esto y ahora es el tiempo para que los judíos declaren que Jesucristo era la Palabra de Dios y entonces la enemistad entre estas dos grandes Religiones desaparecerá. Por dos mil años estos mal entendimientos y prejuicios religiosos han continuado. Se ha derramado sangre, se han sufrido pruebas. Estas pocas palabras remediarán las dificultades y unirán dos grandes Religiones. ¿Qué mal puede proseguir a esto, si así como los cristianos glorifican y alaban el nombre de Moisés, asimismo los judíos conmemorarán el nombre de Jesucristo, declarando que Él es la Palabra de Dios y considerándole como uno de los Elegidos de Dios?

Ahora algunas palabras referentes al Corán y a los musulmanes. Cuando Su Santidad Muhammad apareció, Él habló de Moisés como el gran Hombre de Dios. En el Corán Él se refiere a los hechos de Moisés en siete lugares diferentes, Lo proclamó como el Profeta, el poseedor del Libro, el Fundador de la Ley y el Espíritu de Dios. Él dijo, quien crea en Él es aceptable en la estimación de Dios y quien Le rehúye, sea a Él o a cualquiera de los otros Profetas, es rechazado por Dios. Aun, como conclusión Él llama a Sus familiares diciéndoles: “¿Por qué no habéis reconocido el Torah? ¿Por qué no habéis creído en los profetas judíos?” En ciertos pasajes del Corán menciona los nombres de 28 de los profetas de Israel, alabando a cada uno y a todos ellos. En

toda su amplitud Él ha ratificado y recomendado a los profetas y religiones de Israel. Esto implica que: Muhammad alabó y glorificó a Su Santidad Moisés y confirmó el judaísmo. Él declaró que quien negara a Moisés se mancharía y, aun en caso de que se arrepintiera, su arrepentimiento no sería aceptado. También declaró a sus propios familiares como infieles e impuros porque habían negado a los Profetas. Y les dijo: “Porque no habéis creído en Cristo y en Moisés, porque no habéis creído en el Evangelio, vosotros sois infieles y estáis contaminados”. De esta manera Muhammad alabó al Torah, Moisés, Cristo y los Profetas del pasado. Él apareció entre los árabes, que eran un pueblo nómada e iletrado, bárbaro en su naturaleza y sediento de sangre. Él los guió y educó hasta que alcanzaron un alto grado de desarrollo. Por intermedio de Su educación y disciplina se levantaron de los más bajos niveles de la ignorancia a las alturas del conocimiento, tornándose en los maestros de la erudición y de la filosofía. Vemos, por consiguiente, que las pruebas aplicables a un Profeta lo son igualmente a otro.

En conclusión: Puesto que los Profetas mismos, los Fundadores, se han amado, se han alabado y atestiguado entre ellos, ¿por qué hemos de diferir y continuar desunidos? Dios es sólo Uno. Él es el Pastor de todos. Nosotros somos Sus corderos y por consiguiente debemos vivir juntos en amor y unidad. Debemos manifestar un espíritu de justicia y buena voluntad hacia cada uno de los demás. ¿Haremos esto, o censuraremos y lanzaremos anatemas, alabándonos a nosotros mismos y condenando a los otros? ¿Qué posible bien puede venir de tal actitud y acción? Al contrario, nada más que enemistad y odio, injusticia e inhumanidad pueden seguramente resultar. ¿No ha sido todo esto la mayor causa de matanzas, calamidades y tribulación del pasado?

¡Alabado sea Dios! Vosotros estáis viviendo en una tierra de libertad. Felicitaos de tener entre vosotros hombres de saber, hombres versados en el estudio comparativo de todas las Religiones. Comprended la necesidad de unidad y conoced el gran mal que viene de los prejuicios y superstición. Os pregunto, ¿no es el compañerismo y la hermandad, preferible a la enemistad o el odio? La contestación es evidente por sí misma. Amor y compañerismo son absolutamente necesarios para ganar la complacencia de Dios, que es la meta de las aspiraciones humanas. Debemos unirnos. Debemos amarnos. Debemos alabarnos los unos a los otros. Debemos conferir aliento y encomio a toda la gente, para eliminar así la discordia y el odio que han causado la desunión o distanciamiento entre los hombres. Si no es así, las condiciones del pasado continuarán, seguiremos alabándonos a nosotros mismos y condenando a los demás; las guerras religiosas no tendrán fin y aumentarán los prejuicios religiosos, la causa primordial de estos estragos, ruina y tribulaciones. Todo esto

debe abandonarse y la forma de hacerlo es la investigación de la Realidad en que descansan todas las Religiones. Esta Realidad fundamental es el Amor por la humanidad, porque Dios es Uno, la humanidad es una y el único credo de los Profetas es Amor y Unidad.

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 157
